

El Clamor

ANUNCIOS Y COMUNICADOS
A precios convencionales
SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Un trimestre 1'00 peseta
Un año 4'00 »
Número suelto 5 cént.
Id. atrasado 10 »
PAGO ADELANTADO

TODA LA CORRESPONDENCIA
al «Sr. Director de El Clamor»
Peletería 33 pral. PALMA DE MALLORCA

Al parecer hoy en el estado de la prensa, sea nuestro primer acto el dirigir un respetuoso saludo á nuestro Ilustrísimo Sr. Obispo á cuya sagrada persona nos complacemos en testimoniar nuestra veneración y amor.

También lo dirigimos, leal y efusivo, á los Jefes, nacionales y locales, Juntas, Círculos y demás organismos de ambos partidos tradicionalistas; á los denodados y esforzados adalides que en el Congreso confiesan y defienden á Cristo enfrente de los que á diario le atacan y de los que vergonzosamente le niegan; y por último, saludamos, sincera y cordialmente, á toda la prensa tradicionalista de España, y, cortesmente, á la prensa toda de esta capital.

Quiénes somos y á qué venimos

Somos católicos y somos españoles.

Somos católicos, pero católicos á la antigua, católicos como eran nuestros padres y fueron nuestros abuelos, católicos sin reservas ni subterfugios que nos denigren sin cobardías ni equívocos que nos degraden.

Hijos sumisos de nuestra Madre la Iglesia Católica, proclamamos muy alto la soberanía social de Jesucristo; queremos que nuestra vida política civil y doméstica esté inspirada en las verdades ciertas é infalibles de la fé católica; queremos que el Estado se subordine en lo espiritual á la Iglesia como el cuerpo al alma; queremos que la unidad de nuestra fé, que el código divino, que los cánones de la Iglesia, sean la base fundamental de la legislación española; en una palabra, queremos el gobierno de Cristo-Rey, Señor y Dueño absoluto de todas las cosas.

Y somos españoles, pero no como tantos, de puro nombre, que reniegan de la constitución

histórica de su patria y en cuyas manos ésta desfallece y muere; nó como tantos que han llevado á nuestra historia todo un siglo de iniquidades, y han hecho sufrir á España todas las vergüenzas y desventuras imaginables, nó; somos, sí, españoles pero españoles amantísimos de su patria, de aquella patria que supieron hacer grande y dichosa una larga serie de gloriosos monarcas y unas instituciones que consagraron los siglos; de aquella patria, cuna de héroes, vergel de Santos y plantel de sabios, cuya grandeza intelectual, moral, política, militar y económica la puso á la cabeza de todos los otros pueblos y naciones; en una palabra, somos españoles amantísimos de aquella España tan grande y gloriosa cuando sobre ella imperaba la Cruz de Cristo, y tan miserable desde que cayó en poder de los partidos liberales.

Y ¿á qué venimos?—No venimos, nó, al estado de la prensa á aumentar el número de los periódicos que á diario salen para morir luego, sin dejar tras sí más que un nombre en el registro y una desilusión, un desengaño, en sus patrocinadores; venimos á defender á nuestras santas creencias y tradiciones de las ataques, ya francos, ya pérfidos y solapados, que á cada instante les dirigen sus numerosos adversarios; venimos, á mantener enhiesta y desplegada al viento aquella bandera que ya tremoló en los riscos de Covadonga, y más tarde en las naves de Colón, y luego en las aguas de Lepanto, y después de los muros de Orán, y á cuya sombra el pasado siglo realizaron nuestros padres aquellas cinco guerras de religión dignas de los tiempos heroicos; bandera hermosísima en una de cuyas caras se leen con caracteres indelebles «Dios, Patria, Rey» y en cuya otra fulguran con vivos resplandores «Dios, Patria, Fueros» y en cuyos pliegues escribió no ha mucho nuestro amantísimo Padre, Su Santidad Pío X:

«Sostener la tesis católica en España y con ella el restableci-

miento de la Unidad Católica y luchar contra los errores condenados por la Santa Sede, especialmente los comprendidos en el *Syllabus*, y las libertades de perdición hijas del llamado derecho nuevo ó liberalismo, cuya aplicación al gobierno de nuestra patria es ocasión de tantos males. Esta lucha debe efectuarse dentro de la legalidad constituida, esgrimiendo cuantas armas lícitas pone la misma en nuestras manos.»

Este es nuestro programa; hé aquí á lo qué venimos.

LA REDACCIÓN.

Cristo y el reptil

Vae tibi Corozain! Vae tibi Bethsaida! quia si in Tyro et Sidone factae essent virtutes, quae factae sunt in vobis, Iohim in cilicio et cinere poenitentiam egissent.

(S. Mat., c. XI, v. 21.)

Y un reptil asomaba la cabeza achatada por la rendija de la logia y miraba con inquietud á todos lados como si temiera que alguna planta resuelta le impidiese salir de su agujero.

Y como no vió á nadie, se decidió á salir y empezó á arrastrarse cautelosamente, haciendo pausas en su camino y mirando con zozobra á la derecha, porque temia sin duda que de allí viniesen á sorprenderle en su avance y á contenerle en su audacia. Y cuando después de detenerse y de reconocer todo el espacio que abarcaban sus hojos no vió á nadie, avanzó, avanzó con más resolución, y llegó hasta la tierra sagrada, y subió sobre el ara santa y volvió á mirar con inquietud, y cuando el temor se disipó en el silencio, empezó á subir por la Cruz y se acercó á los pies ensangrentados de Cristo, y tembló, tembló con medrosa zozobra, y otra vez volvió á mirar con recelo en torno suyo, y alentado con el reposo en que todo dormía, introdujo la achatada cabeza en las llagas divinas «que apagaron la sed de amor de doce siglos de ascetas» y agrandó la profunda herida abierta por el hierro, como si quisiera que el cuerpo del Redentor se desprendiese de la Cruz y cayera sobre la tierra.

Y rasgó sus carnes, y, rojo con su sangre, siguió subiendo, y enroscado en aquellas rodillas que se rindieron en el Huerto con la pesadumbre de nues-

tras culpas. Volvió á mirar inocho mo si temiera ser sorprendido no vió á nadie, avanzó resuelto, abriendo un surco en las carnes del Redentor y dejando una línea cárdena en su cuerpo como la señal de su camino. Y llegó al pecho de Cristo y subió hasta el divino costado, y asomó la cabeza achatada á los bordes de la herida que abrió la lanza, y se detuvo y zozobró, y se enroscó para no caer, porque oyó una voz solemne, pero angustiada y triste como un gemido, que parecía descender de las alturas. Y el reptil levantó la achatada cabeza, y sus ojos acerdos y siniestros tropezaron con la mirada sublime y melancólica del Redentor agonizante y con la frente casi exangüe inclinada por el dolor; y de los labios amoratados volvió á salir la voz solemne, pero angustiada y triste como un gemido, que decía en medio del desamparo: «¡Tengo sed!» Y el reptil tembló otra vez antes de penetrar por la llaga del costado para desgarrar las entrañas de Cristo, porque resonaron voces confusas cerca del ara santa.

Y en un grupo que se decía formado por discípulos del Maestro, y entre los cuales se destacaba la sombra de Judas, se murmuraba diciendo: «Sería imprudente arrancar el reptil del cuerpo de Cristo; basta con que por ahora se le impida devorar sus entrañas.»

Y de otro grupo que confinaba con el de Judas, y que acudillaba Barrabás, se oyó otra voz que decía: «Respetemos el cuerpo de Cristo y el cuerpo del reptil. ¿Por qué no igualarlos en el mismo derecho?»

Y con una voz semejante á un rugido, respondió una turba que avanzaba hacia el ara santa: «No, no; que entre el reptil á saciarse en las entrañas de Cristo y nosotros nos repartiremos esos despojos ensangrentados con los que nos está provocando, y abrasaremos su Cruz para que se ilumine el mundo con sus llamas.»

Y los dos grupos, el de Judas y el de Barrabás, retrocedieron para dejar paso á la turba que queria completar la obra del reptil, y se juntaron y murmuraban entre sí: «Sería imprudente atajarlos en su empresa. Quizá después de saciados con la carne de Cristo podremos pactar con ellos una tregua y calentarnos juntos á las llamas de la Cruz que quieren abrasar.»

Y la mirada del Redentor se nubló con la tristeza de la agonía y se inclinó más la divina cabeza, y por los sienes desgarradas por las espinas corrieron hilos de sangre y sus labios cárdenos murmuraron dulcemente: «¡Tengo sed!»

Y después irguióse lentamente la cabeza de Cristo, y brillaron con divino esplendor sus ojos y miraron por encima de los grupos de Judas y de Barrabás y de la turba deicida y abarcaron el horizonte como si buscaran á sus Apóstoles y á sus discípulos; y de los labios trémulos salió una voz solemne y augusta como la que mandó que le siguieran á los pescadores que tendían las redes en las riberas del mar de Galilea, como la que predicó á la muchedumbre agrupada en la colina del Sermón de la Montaña, como la que calmó la tormenta al despertar á la nave, como la que ordenó á Lázaro de Bethania que saliera de la tumba como la que amenazó con el mismo á Capharnaüm... pero angustioso y triste como la que anunció en Gethsemani la llegada de Iscariote. Y los ecos de las montañas repitieron esa voz que decía: «¡Por qué me habéis abandonado!»

Y entonces algunos discípulos, que se despertaron sobre saltados al oír en el fondo del alma los acentos del Maestro, avanzaron unos pasos y empezaron á levantar también la voz llamando á los discípulos de Cristo. Y de los grupos de Judas y de Barrabás salieron imprecaciones contra ellas porque querían arrancar el reptil de las entrañas del Redentor y los llamaron «imprudentes» y «provocadores», y dijeron que venían á turbar la paz en que agonizaba Cristo á solas con el reptil.

Y la turba deicida rugió con más furia, y avanzó hasta el ara santa, y mientras el reptil se preparaba para penetrar en el cuerpo de Cristo ella lanzaba piedras á su cabeza para clavar más las espinas en las sienes, y le daba hiel y vina gre de impiedades, y palabras apóstatas y plumas que manchan el cirno le escarnecían diciéndole el «ave rex Judaeorum».

Y los discípulos que habían avanzado unos pasos y levantado valientemente la voz, estaban solos, y había quien conversaba silenciosamente con los grupos de Judas y de Barrabás, tratando de celebrar paces con ellos y con el reptil. Y los ecos de las montañas seguían repitiendo: «¡Por qué me habéis abandonado!»

Y el sol iba desapareciendo del horizonte, é iba á empezar una noche pavorosa y á temblar la tierra, y arrasgarse el velo del templo; y á los que no se atrevían á confesar á Cristo comenzaron á sentir que los abandonaba el que habían abandonado.

Y no apareció nadie á arrancar al reptil del divino costado, y á rendir á la turba deicida, y á aniquilar á los grupos de Judas y de Barrabás.

Y los ecos de las montañas seguían repitiendo: «¡Por qué me habéis abandonado!»

JUAN VÁZQUEZ DE MELLA.

Homenaje

á las minorías tradicionalistas del Congreso.

Como ya sabrán nuestros lectores, en Madrid acaba de celebrarse con éxito que ha superado los cálculos más halagüeños, el grandioso homenaje que la España netamente cató-

lica ha tributado á sus esforzados y valientes representantes.

Como tenemos verdadero interés en que nuestros amigos conozcan los magistrales discursos allí pronunciados, dada la imposibilidad de insertarlos íntegros en un mismo número, publicamos hoy el del incansable paladín integrista nuestro caro amigo D. Manuel Senante, primer orador que ocupó la tribuna.

En el próximo número publicaremos D. m. la hermosa oración del príncipe de la oratoria Don Juan Vázquez de Mella.

Discurso del Sr. Senante

El Sr. SENANTE: No he de ocultároslo, señores y amigos míos: y no extrañéis que así os llame a todos, porque la causa altísima que aquí nos congrega hoy, no sólo establece entre nosotros el vínculo de la amistad, sino que hasta este mismo vínculo me parece pequeño y mezquino para expresar al efecto que debe unir todos nuestros corazones, y debiera hacer referencia á otro vínculo mucho más grande, más íntimo, al vínculo de la fraternidad, pero de la fraternidad verdadera, que es la que arraiga en el corazón de Cristo y se nutre en su amor y por su amor nos une... (Grandes aplausos).

Decía, pues, señores y amigos míos, que no quiero ocultaros la verdad, y la verdad es que yo no sé si atribuirlo á debilidad mía ó si es fenómeno que otros experimentan; pero siempre que he de dirigirme á un público, por poco numeroso que sea, siento temores grandísimos y no pequeñas zozobras, y si esto es en circunstancias que pudiera llamar normales, considerad lo que ha de ser en las presentes, que me atrevo á calificar de extraordinarias, así por la importancia del acto que se celebra, cuanto porque después que yo deje esta tribuna habrá de subir á ella, para dirigiros su palabra, verdaderamente elocuente y soberana, aquél que no dudo en calificar, seguro de interpretar vuestro juicio, de príncipe de los oradores contemporáneos. (Aplausos).

El contraste es grande, y él pone más de relieve mi insuficiencia, hasta el punto, que podéis creerlo, yo que disto mucho de ser perfecto, y que, por desgracia mía, no he podido acallar por completo el amor propio, he tenido que pedir fuerza á la humildad para poder desempeñar este encargo que se me ha confiado, y al cual no me es lícito renunciar; que si en cumplimiento de él, no os hablara, y por propia iniciativa hubiera subido á esta tribuna en el día de hoy, muy severamente debíais todos juzgarme, tan severamente, que ni en vuestra venévola condescendencia encontrara yo disculpa. Pero no, ya os he dicho que así se ha dispuesto y que yo obedezco, y añado además, aunque el símil está muy gastado, pareceme oportuno en este instante, y exacto, que con mucho gusto me presto yo á ser la sombra de este cuadro, en cuyo primer término ha de destacar, al lado de nuestra cortesía y de vuestro entusiasmo, la figura colosal y la soberana elocuencia de mi querido y admirado

amigo el Sr. Vázquez de Mella. (Vivas y prolongados aplausos.)

Sea, pues, la obediencia escudo que me proteja al entrar en la liza, y encuentre yo en vuestra benévola indulgencia toda la que necesito en estos instantes.

Y, pues, forzoso es hablar, no sé si comenzar por felicitaros á vosotros ó por felicitarme á mi mismo. Por felicitarme á mí, por tener la honra de hablaros, y por haberme Dios concedido la gracia de contemplar esta explosión, esta manifestación espléndida de fe cristiana; por felicitaros á vosotros, porque brillante y denodadamente estáis haciendo aquí confesión pública ante el mundo entero, de vuestro firme catolicismo sin tacha y, sobre todo, de un antiliberalismo decidido y de todo punto intransigente. (Muy bien. Aplausos.)

Pero de lo que no me cabe la menor duda es de que, no sólo en mi nombre, sino en nombre de todos mis queridos compañeros de representación parlamentaria, os debo las más rendidas gracias por el honor que nos dispensáis con este acto, el cual tiene en uno de sus aspectos el de aprobación de la conducta que seguimos en las Cortes, ya antes manifestada con miles y miles de telegramas y de cartas, que desde el primer momento empezaron á recibirse, y que siguen llegando hasta este instante en que aquí nos congregamos, y en los cuales creemos oír voces de aliento en la lucha y creemos ver la demostración elocuente de que, aun cuando en las Cortes éramos sólo 11 diputados, no estábamos solos, sino más asistidos que los de enfrente, porque detrás teníamos, alentándonos y secundándonos, á todo el pueblo católico español, es decir, á España entera. (Aplausos).

Y aprovecho esta ocasión, ya que aunque nos lo habíamos propuesto, es materialmente imposible contestar una por una á las adhesiones y muestras de simpatía que se reciben, para desde aquí dar á todos y á cada uno de los que á nosotros se han dirigido las gracias más sinceras y rendidas, en mi nombre y en el de todos mis compañeros. Y pues la ocasión no se brinda para que me extienda en largas consideraciones, porque ni las condiciones del local permiten dejarme oír, ni vosotros habéis de tener, con la paciencia natural de oír al Sr. Vázquez de Mella, la paciencia necesaria para escucharme á mí, sólo haré breves consideraciones acerca de la significación que, á mi juicio, tiene este acto y acerca de su importancia y de su grandísima trascendencia.

¿Que significa este acto? Con una cortesía, que muy de veras agradecemos, lo habéis calificado de homenaje á nosotros, y cierto que si prescindís de mí, cuya labor ha sido insignificante por completo (no es alarde de modestia, sino respeto á la verdad) son mis compañeros dignísimos de él pero no, yo estimo que ni ellos mismos (me perdonarán que tome su nombre y me atreva á interpretar su pensamiento), que ni ellos mismos estimarán que este homenaje debiera dedicarse á nosotros, pues no hemos hecho más que cumplir estrictamente con nuestro deber. (Grandes aplausos).

Este acto tiene una significación mayor; nosotros somos la ocasión, la causa ocasional si queréis; pero significa algo más grande, algo que

está por encima de nosotros; significa que os congregáis aquí, viniendo de lejanas tierras, desafiando toda clase de molestias para afirmar con ello que estáis dispuestos á luchar sin tregua en el terreno que sea preciso por la defensa de Dios y de la Iglesia que es también la causa de la patria. (Grandes y prolongados aplausos).

Porque no hay patria sin gobierno, ni gobierno sin justicia, ni justicia sin moral que no se funde en la religión, ni más religión verdadera que la católica, apostólica y romana.

Por eso van íntimamente unidas estas dos causas: la causa de Dios y la causa de la patria, y por una ley inexorable, que no será posible torcer jamás, porque es impuesta por Aquel que no se equivoca nunca, cuando se vuelve la espalda á Dios, nuestro Señor, cuando la sociedad le desconoce, entonces necesariamente cae la sociedad en la tiranía y en la abyección; en la tiranía, porque allí donde no existe la fuerza de Dios, que es la razón, necesariamente ha de imperar la fuerza del hombre, y eso es la tiranía. Cuando la sociedad tiene sus cimientos en la roca firme é indestructible de la Iglesia, en las enseñanzas religiosas, la autoridad es fuerte y al mismo tiempo suave, porque no es discutida é impugnada, y la obediencia es noble porque no es obediencia impuesta; pero si quitais los principios religiosos de los cimientos sociales, ¡ha!, entonces no queda otro medio para regir á las muchedumbres que la fuerza encarnada en aquellos dos principios que ha consagrado la civilización moderna: el principio de las mayorías, que es dominio de la voluntad ciega sobre las inteligencias y el principio de los hechos consumados, que es la consagración de la fuerza por el mero hecho de haberse impuesto brutalmente. (Aplausos). Entonces la fórmula en que puede condensarse el sistema de gobierno es el sable, que, como ha dicho Aparisi y Guijarro, es el cetro con que se gobierna á los pueblos corrompidos.

No extrañéis que diga pueblos corrompidos, porque afirmé antes que si se cae en la tiranía, y creo haberlo demostrado tan brevemente como lo consiente el espacio y la ocasión, también dije que se cae en la abyección, y no es menos cierto, porque no en balde se vulnera la ley divina, y si Dios se aparta de la sociedad, la sociedad dejará de ser lo que realmente es, un medio, no un fin para el hombre, un medio para que éste realice su fin sobrenatural; desconocido este fin, el fin único de la sociedad será la vida presente, y, por tanto, se habrá de concretar puramente á los goces sensibles; y desde este momento se equipara el hombre completamente al bruto, con la agravante de que el bruto, por lo mismo que no tiene inteligencia y voluntad que lo rijan, es recogido por la Providencia divina, que pone límites y barreras á sus instintos naturales; pero el hombre llamado por Dios á regirse por el don celeste de la razón y de la voluntad, si vuelve la espalda á Dios, cae en la abyección más profunda, porque cae en poder de los sentidos no moderados por ningún freno. (Muy bien, muy bien.)

Vuestra presencia aquí demuestra que vosotros os rebeláis contra esa tendencia liberal y suicida, que aunque la política liberal que se ha entronizado en los estados modernos y

también, por desgracia, en nuestra patria, tienda á llevarla por ese derrotero, vosotros no os resignáis á ella, no sois un pueblo cobarde que ni siquiera siente el entusiasmo y la fuerza de la indignación, un pueblo que no quiere sumirse en el marasmo del silencio más vergonzoso.

Contra eso protestáis y venís aquí, rindiendo homenaje, por consiguiente, á algo que está por encima de todos nosotros, que nos alienta y nos impulsa, al espíritu, al principio real, verdadera y genuinamente antiliberal (Aplausos); y como el principio liberal niega la soberanía de Cristo en la sociedad, se sigue como consecuencia que el espíritu antiliberal proclama esa soberanía, y por eso vuestro homenaje es rendido á la soberanía de Cristo, y como ésta es defendida por la Iglesia, á ella y al venerable anciano que desde Roma la rige como supremo jerarca y vicario de Jesucristo va también dirigido este homenaje.

Esta es la triple significación que veo en este acto, significación altísima y por eso os propongo (seguramente que lo habéis pensado), que, como compendio de él, se eleve un entusiasta telegrama de adhesión á Su Santidad en nombre de todos los antiliberales españoles. (Aplausos y voces entusiastas de aprobación.)

Acerca de la importancia del acto, nada he de decir. El número de los que aquí os habéis congregado, los sitios remotos desde los cuales habéis venido, y los sacrificios que os habéis impuesto, dicen más elocuentemente que y cuán importante es este acto, porque, reparad las dificultades que ha habido que vencer, reparad los dispendios que muchos habéis tenido que hacer, y no es exagerado decir que acto de esta naturaleza, representa más que esas manifestaciones que en días espléndidos de sol y primavera recorren los sitios céntricos de Madrid, días en los cuales no es difícil reunir cincuenta ó sesenta mil manifestantes. Los ochocientos ó novecientos comensales aquí reunidos y los miles que ahora estáis congregados, no vacilo en decir que representáis muchos centenares de miles de católicos de la nación española.

Acerca de la transcendencia (y con esto quiero concluir) de este acto, él demuestra de qué manera fácilmente se consigue la tan deseada unión y concordia de las fuerzas católicas españolas, que no es escribiendo folletos, artículos y libros. Cuanto más se escribe, más se dificulta esa unión que ha de surgir de un modo espontáneo, como ahora, y sobre las bases únicas que pueden servirle de fundamento, y son: Primera, que la unión se forme en el campo netamente antiliberal; segunda, de un modo espontáneo y con respeto de las opiniones políticas, y de la independencia de las fuerzas políticas que la integran, y tercera, para combatir al liberalismo, pero no en forma platónica y abstracta, no en forma ideológica, sino en la realidad y en la práctica, es decir, combatir á los partidos liberales todos, desde el anarquismo hasta el conservador, desde los que persiguen á la Iglesia hasta los que se lavan las manos como Pilatos; pues en esos partidos el liberalismo encarna y es el medio de que se vale para causar los daños con que aflige á la patria. (Aplausos.)

No hagáis caso de los que dicen,

para retraeros de estos actos y de esta unión, que tienen carácter político. ¿Y cómo no lo han de tener? ¿Acaso se combate á la Iglesia de otra suerte? ¿No vemos que por agrupaciones políticas, por medio de leyes de carácter político, como la reciente del "candado", que se ha dicho que era medida de gobierno en Asambleas políticas como las Cortes, es como se está combatiendo á la Iglesia de Cristo? Por consiguiente, si queremos defenderla con eficacia, tendremos que recurrir á ese campo, que no es político en el sentido mezquino de la palabra, en el sentido de bandería, pero sí en el sentido grande, amplio, generoso de la palabra política.

Prueba evidéntísima de que con ese espíritu levantado se ha venido á esta unión y se ha realizado la pasada campaña en el Congreso, es el acto nobilísimo realizado por mis queridos amigos del partido jaimista. Lo aplaudí en el Congreso y quiero rendirle aquí nuevo tributo de aplauso, porque prueba de que ese partido no ha procedido por móviles mezquinos, ni buscando ventajas ni granjerías, es que habiéndosele ofrecido algo que hubiera podido favorecerle, porque era aumentar el número de su representación parlamentaria en el Congreso, dándole un acta, la de Tudela, nobilísimamente la rechazó. (Fuertes aplausos.) Y fué el primero en secundar esa actitud el mismo interesado, el señor Sáenz, al cual dedico desde aquí un saludo cariñoso. (Aplausos.)

Ni nuestras campañas, ni este acto, ni las manifestaciones católicas del 2 de Octubre, de la cual ésta es prolongación, todos esos actos, repito, han sido políticos en el sentido de radicalmente antiliberales. (Grandes y prolongados aplausos.)

Desechad, pues, las argucias de los que quieren, sembrando confusiones, impedir la unión de los católicos en el campo antiliberal, porque la quieren de suerte que favorezca al partido conservador, pues, como dice un amigo mío muy ingenioso, en cuestiones políticas el chuparse el dedo es un pecado contra el Espíritu Santo. (Muy bien, muy bien.)

Acabo ya, recordándoos lo que todos sabéis, porque, como habéis visto, no he venido á decir nada nuevo, recordándoos, digo, que la batalla no ha concluido; que aquella invasión del infierno en el mundo, como se ha llamado á la revolución, aunque más concretamente se refiriera la frase á la francesa, no ha terminado, y todos los síntomas y todos los augurios son de que se aproximan días terribles, los días de la gran revolución, como la llamó Aparisi y Guijarro.

En ellos se llegará á las últimas consecuencias, porque á los hombres que sentaron los principios y asustados se detuvieron ante las consecuencias, han sucedido otros que quieren llegar á ellas; que con sus propagandas toleradas y reconocidas como derecho por los liberales conservadores, han minado el terreno en que la sociedad se asienta, y cargada esa mina con el explosivo horrible de las ideas disolventes que no son más que las ideas liberales que llevan en germen la destrucción y la anarquía, amenaza con una explosión tremenda que derribará los tronos que sobre la revolución se asientan; arrastrará entre sus escómbros la propiedad, la fami-

lia y todo el orden social, y tal vez arrastre al altar santo, porque es verdad que en el mundo no prevalecerá contra el altar de Dios ninguno de sus enemigos, ni ninguna de sus furias infernales, pero es cierto que esta promesa nose ha hecho individualmente á cada una de las naciones del mundo. (Muestras de aprobación.)

No sabemos la suerte que correrá la causa de Dios en España; yo creo que trinufará; más á nosotros; lo que nos incumbe, es estar dispuestos á luchar en el campo en donde se libra el combate, y próspera ó adversa nuestra suerte, estamos seguros, al fin y al cabo, de vencer; que aquel que sucumbe como bueno, además de la recompensa de Dios, tendrá la satisfacción de haber cumplido con su deber, y más que esto no se nos puede exigir. (Grandes y prolongados aplausos.)

Predicar... y dar trigo

(CHARRADA CLERICAL)

Lorenzo Manso, á fuerza de oír decir que los sacerdotes, los frailes y las monjas son gente inútil, cuando no perjudicial, estaba á punto de romper con ellos para siempre y echarse en brazos de la revolución socialista que en su sociedad le predicaban, cuando un mundo de preocupaciones y desgracias le obligan á suspender su determinación para atender á sus cosas, que dan lugar á ciertos graciosos contrastes entre la charrada de los *socialistas* y las obras de los *católicos*.

Con los socialistas

—Querido presidente: tengo un niño enfermo: Si me hicieses la caridad de prestarme un duro...

—¡Hombre, está bien! Encima de haberte atrasado ya en las cuotas... Y además, la caridad envilece.

—Pero si tengo tantas desgracias en casa.

—Pues no debes tenerlas. Tu derecho es no tenerlas. Y no las tendrás cuando triunfe el socialismo.

(Pero como Lorenzo no puede aguardar el triunfo del socialismo, vase á casa del cura.)

Con los católicos

—Señor cura: tengo un niño enfermo. Necesito un duro para las medicinas.

—¡Vaya todo por Dios! Ahí lo tiene. Es de la caja del Pan de San Antonio y de las conferencias.

—Gracias señor Cura: ¡tengo tantas desgracias en casa!

—¡Paciencia! Todos aquí tenemos que padecer de un modo ó de otro. Si hay necesidad no dejes de volver, ¿he?

(Y Lorenzo corre á su casa diciéndose: «Pues en tanto espero el triunfo del socialismo, bien nos vienen los curas.»)

Con los socialistas

—Mi mujer se ha agravado. ¿Qué voy á hacer compañero?

—¡Es una buena desgracia!

—Ayúdame tú!

—¿Y qué quieres que te haga? La sociedad burguesa... los jesuitas... (Lorenzo escapa del chaparrón de palabras que se le viene..., y lleva su mujer al hospital).

Con los católicos

La hermana de la caridad.—No hay que desesperarse, buen hombre; aquí su mujer tendrá todos cuantos cuidados necesite, y, con la ayuda de Dios, esperamos devolvérsela á V. sana. Este hospital no es laico como los de Francia.

(Lorenzo consolado: «¡Bah! tampoco sobran las hermanas.»)

Con los socialistas

—Querido compañero: dime tú cómo voy á arreglarme con salir á chiquillos, teniendo yo que seguir trabajando para mantenerlos y cuidarlos en el hospital.

¡Ahí está! ¡Lo que he dicho! pre! Los hijos deben pertenecer al Estado. Cuando triunfe el socialismo,

(Lorenzo huye otra vez... y de nuevo á entenderse)

Con los católicos

—Padre tengo la mujer en el hospital, yo necesito andar al trabajo, y estos pequeños...

—Ya entiendo buen hombre. Dejemelos usted aquí; precisamente, para eso hemos hecho este refugio de la infancia, cuna y patronato.

(Lorenzo da las gracias y marcha de allí pensando: «¡Diablo! Pues tampoco los frailes son inútiles. Por lo menos mientras no venga el socialismo...»)

Con todas estas desgracias, sucede que una tarde el compañero presidente, yendo á casa de Lorenzo para que le pague las cuotas atrasadas, detiénese indignado al encontrarle acompañado del Párroco (que le había ayudado con las limosnas del Pan de San Antonio,) del fraile (que le había recogido los chicos) y de la Hermana (que le asistía á su mujer enferma). Indignado el compañero presidente, gritale:

—¡Traidor del proletariado! ¿Qué haces en medio de toda esa clergalla?

Y respóndele Lorenzo con mucha calma:

—Espero... el triunfo del socialismo.

—¿Y no podías esperarlo lejos de esos?

—¡Ah! no, querido; porque ya ves, tengo que vivir... para seguir esperando...

Mercado de Inca

Almendrón, de 96 00 á 00'00 pesetas los 42'32 Kg. (quintal)
 Trigo, de 17'00 á 00'00 pesetas los 74'34 litros (cuartera).
 Candeal, de 18' 0 á 00'00 id.
 Cebada del país, de 10'50 á 00'00 id.
 Id. forastera, de 9'50 á 0'00 id.
 Avena del país, de 8'50 á 0'00 id.
 Id. forastera, de 7'50 á 0'00 id.
 Habas para cocer, de 19'00 á 00'00 id.
 Id. ordinarias, de 18'00 á 00'00 id.
 Id. para ganados, de 17'50 á 00'00 id.
 Maiz, de 16'00 á 00'00 id.
 Garbanzos, de 00'00 á 00'00 id.
 Frijoles, de 00'00 á 00'00 id.
 Habichuelas (confits), de 30'00 á 00'00 id.
 Id. blancas, de 27'00 á 00'00 id.
 Cerdos cebados arroba, de 12'50 á 00'00 idem.
 Higos pasos, de 00'00 á 00'00 id. los 42'32 Kg (quintal).
 Azafrán, de 3'00 á 0'00 onza.

SE RECOMIENDAN LOS GRANDES ALMACENES SAN JOSE

BRONDO * ESQUINA BORNE

trería, Camisería, Novedades para Señora y Caballero, Géneros de punto, Telas blancas, Pañería, Sedería, Pañolería, Corbatería, Confecciones, Todo lo que se requiere para equipos de novios.

PRECIO FIJO

EL CLAMOR

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un trimestre	1'00 Peseta	Número suelto	0'05 cénts.
Un año	4'00 id.	Id. atrasado	0'10 id.

PAGO ADELANTADO

Anuncios y Comunicados á precios convencionales

Para informes dirigirse: Peletería, 33.-Palma de Mallorca

¡Coleccionistas!

En la Calle de Palacio, núm. 27

encontrareis un extenso y variado surtido
en toda clase de

SELLOS PARA COLECCIONES

Palacio, 27-PALMA

¡La higiene ante todo!

Muchas de las enfermedades tienen por base la adulteración y falsificación de los alimentos

La salud exige una alimentación higiénica y nutritiva

Los Médicos en general prescriben á sanos y enfermos LECHE PURA como base de una buena nutrición.

¿Dónde encontrarla?

La lechería LA PUREZA de Jaime Cerdá Rotger, calle de Santa Clara esquina Pont y Vich (frente al Call) es la que sirve con esmero y garantía, pues no se expende sin haber sido antes analizada, y en las clases siguientes:

- Leche esterilizada especial para enfermos
- Leche pura garantizada de Vaca y Cabra (sin esterilizar)
- Á 0'10 MEDIDA
- Servicio de LECHE CALIENTE y CAFE CON LECHE á todas horas

AVISO Á LOS CONSUMIDORES

Exigir á su servidumbre el sello del establecimiento con fecha corriente, que deberá ir pegado á todo envase como garantía de su procedencia, para evitar ser engañados como diariamente sucede.

AVISANDO SE SIRVE Á DOMICILIO

Este servicio irá también precintado con una etiqueta de la casa para garantizar la pureza del contenido de sus envases.

No confundirse: Calle de Sta. Clara esquina Pont y Vich, frente al Call